

Capítulo 469: ...todos os arrepentiréis.

La sonrisa de Virgilio se amplió, no con burla, sino con genuino entusiasmo. Con un fuerte empujón, empujó a la vaca demoníaca, haciéndola patinar por el suelo hasta que se estrelló contra un tronco caído, que se hizo añicos como si estuviera hecho de vidrio.

Resoplaba fuerte, respiraba pesado y andrajoso, pero sus ojos ardían aún más —ahora, más allá de la furia, había orgullo. Era como si aceptara que era un adversario digno.

Rize volvió a blandir la espada, pero no se movió de su postura. Podía sentir el aire vibrar entre ellos, e incluso su instinto asesino le decía que interferir sería... imprudente.

La vaca bajó el cuerpo y sus patas traseras se tensaron.

Virgilio, en respuesta, desenvainó la vaina del Yamato de su obi y la sostuvo en su mano izquierda, con la espada todavía envainada en su derecha. Su postura cambió: ya no un análisis tranquilo, sino la promesa de un ataque.

El mundo pareció ralentizarse cuando ella disparó.

Él también avanzó, con sus dos cuerpos cortando a lo lejos como cuchillas. El impacto se produjo a mitad de la zancada —cuernos contra la funda y la hoja enfundada— y la onda expansiva hizo que hojas y escombros volaran en todas direcciones.





Vergil dio medio paso atrás y, con un giro preciso, tiró la cabeza hacia un lado, abriendo la guardia. La criatura, sin embargo, no dudó: desplazó su peso hacia sus patas delanteras e intentó una doble patada con sus patas traseras.

Bajó su cuerpo, la madera de la funda rozó una de sus pezuñas, y giró hacia atrás, golpeando la punta de la funda contra su articulación trasera. No estaba destinado a lastimarla—estaba destinado a poner a prueba su resistencia.

La vaca simplemente soltó un mugido ronco y giró, con los cuernos cortando el aire. Vergil se reclinó y sintió que la brizna invisible del viento le rozaba la cara.

"Duro... demasiado incluso para los estándares demoníacos..." murmuró, ajustando su equilibrio.

La criatura volvió, esta vez en breves ráfagas, intentando empujarlo paso a paso hacia atrás.

Virgilio lo aceptó, retrocediendo con cada impacto, hasta que su talón golpeó una roca sólida. Lo usó como palanca, apuntaló su cuerpo y contraatacó—empujándolo hacia atrás con un fuerte golpe de su vaina contra su cuerno.

El sonido era un sonido metálico, como acero sobre acero.

Se tambaleó un poco, pero no cayó. En lugar de eso, bajó la cabeza y, por primera vez, emitió un rugido que hizo vibrar incluso a los árboles cercanos. El suelo se agrietó bajo sus pezuñas y un aura oscura comenzó a filtrarse por todo su cuerpo.

Zuri apoyó su cabeza contra su hombro. "Bien... ahora sí que lo has cabreado."





Vergil no respondió—pero el ligero arco de su ceja mostró que eso era exactamente lo que quería.

La vaca se abalanzó de nuevo, pero esta vez con una ráfaga de fuerza que abrió un camino a través del suelo. Virgilio cruzó su vaina y enfundó su espada como un escudo improvisado, absorbiendo el impacto y girando con él para arrojar a la bestia sobre su hombro.

El ruido sordo de la caída sacudió el suelo.

Pero antes de que el polvo se calmara, ella volvió a ponerse de pie, resoplando, y ahora el aura negra estaba formando pequeñas llamas en sus pezuñas y cuernos.

Rize se mordió el labio inferior, claramente tentada a unirse a la pelea. "Maestro... esto no terminará bien para ella ni para todo el recinto..."



Vergil simplemente sonrió y murmuró, casi para sí mismo, "Eso es exactamente lo que quiero saber. ¿Cuánto tiempo puede durar?"

Dio dos pasos hacia adelante, con los ojos fijos en la bestia, y habló en voz alta: "Ven."

Ella obedeció.

El siguiente choque fue tan violento que se abrieron grietas en el suelo a su alrededor y fragmentos de piedra volaron como proyectiles. Virgilio agarró el cuerno izquierdo con una mano, el derecho con la vaina y ambos enfrascados en una lucha de fuerza bruta.



La vaca presionó hacia abajo, los músculos se contrajeron en oleadas, tratando de aplastarlo en el acto. Vergil, sin embargo, no se movía ni un centímetro.

Luego, en un instante, relajó deliberadamente su agarre. La bestia, sorprendida, perdió el equilibrio y lo usó para empujarla a un lado con suficiente fuerza como para hacerla rodar hasta el suelo.

Cuando se levantó, jadeando, Virgilio observó en silencio durante unos segundos. Luego dijo, con el tono de alguien que ya había tomado una decisión: "Sí. Lo harás."

Zuri, al oír esto, dejó escapar un suspiro resignado. "Allá vamos... otro monstruo para la colección."

La vaca resopló, todavía furiosa, pero no avanzó de inmediato. Había algo diferente en su mirada ahora— como si reconociera que esta confrontación no se trataba sólo de matarlo, sino de... aceptarlo.



Vergil giró el Yamato en su mano, lo enfundó de nuevo y dio un paso atrás, como si le diera espacio. "Descansa por hoy. Pero volveremos a esto."

Rize parpadeó sorprendido. "¿La estás... dejando ir?"

"No," respondió con una ligera sonrisa. "Sólo le estoy dando tiempo para que venga por sí solo."

La vaca se quedó quieta, con los ojos brillando bajo la tenue luz, antes de resoplar por última vez y desaparecer en el bosque.



Virgilio la observó hasta que el último sonido de sus cascos se desvaneció. Luego se volvió hacia Rize, Zuri y Titania, que estaba de pie en absoluto silencio, simplemente mirando... "Continuemos."

[...Mientras tanto...]

El calor era sofocante.

Katharina sintió que el sudor goteaba por su frente, no sólo por la atmósfera abrasadora, sino también por la tensión que consumía su pecho. Sus ojos estaban fijos en la criatura que tenía delante —una salamandra de lava, seis metros de músculo puro e incandescente, con sus escamas negras intercaladas con venas de magma vivo que pulsaban como venas ardientes.

Pero su mayor problema no era el monstruo.

Fue el hecho de que no pudo encontrar a Vergil.

Su corazón latía rápidamente y su mente intentaba decidir si gritar su nombre o reunir fuerzas para afrontar lo que le esperaba. Las garras brillantes de la salamandra se elevaron, el aire brillaba a su alrededor como un cristal a punto de derretirse.

Katharina respiró profundamente, sintiendo la tensión acumulada en cada fibra de su cuerpo.

"Apártate de mi camino," su voz salió casi como un gruñido.





En un solo movimiento, se lanzó hacia adelante. La hoja brillaba con energía concentrada, cortando el espacio entre ellas con un sonido agudo y seco. El impacto fue brutal. La cabeza de la salamandra no tuvo tiempo de reaccionar; el golpe atravesó sus defensas como mantequilla caliente.

La criatura dejó escapar un rugido apagado antes de desplomarse. Su enorme cuerpo cayó lateralmente, hundiendo parte de la orilla del río de lava. El calor aumentó a medida que la corriente de magma comenzó a engullir el cadáver, burbujeando y arrojando chispas mientras arrastraba la salamandra.

Katharina bajó la cuchilla lentamente y sus músculos se relajaron sólo por un segundo.

Respiró profundamente, lista para saltar detrás de Vergil nuevamente, cuando un sonido pesado resonó a su alrededor.

Ploc... ploc... ploc...

Ella giró y sus ojos se estrecharon. De las gruesas y brillantes cadenas comenzaron a surgir siluetas. Ni uno, ni dos... sino decenas. Escamas que brillan como hierro fundido, ojos como brasas vivas, garras largas y curvas.

Salamandras, decenas de ellas, emergiendo de las orillas y del mismo lecho del río de lava. Cada uno de sus movimientos arrojaba chorros de magma que se solidificaban en el aire antes de tocar el suelo.

Katharina sintió que se le revolvía el estómago. No era miedo—era puro nerviosismo, mezclado con ira y frustración. La ausencia de Virgilio era un peso constante y ahora, rodeada, esa presión parecía desbordarse.

El calor se intensificó, como si el aire mismo intentara empujarla hacia abajo.





Las salamandras comenzaron a avanzar como una sola y sus bocas se abrieron para expulsar chorros cortos de lava líquida.

Katharina levantó los pies y levantó la espada. "Genial," murmuró, casi en un susurro, "...todos se arrepentirán."

